

4-252

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSOFICA

Carlos Octavio Bunge.

Principios de Psicología Individual y Social.

PRÓLOGO POR EL

DR. D. LUIS SIMARRO

Profesor de Psicología experimental de la Facultad de Ciencias
de Madrid.



Πάντων χρημάτων μέτρον
ἄνθρωπος.

PROTAGORAS

Ψυχῆς οὐ φύσιν ἀξίως λόγου
κατανοῆσαι οἷε δυνατόν εἶναι,
ἀνευ τῆς τοῦ ὕλου φύσεως.

PLATÓN

NIEL JORRO, EDITOR
Paz, 23. - MADRID
1903

B

=

BRITISH
MUSEUM

OF
NATURAL HISTORY

ORIENTAL
LIBRARY

BF125

B75

1903

c.1

EXT



1080099904

Historia de las naciones.

Tomos en 4.º, encuadernados en tela, con planchas, ilustrados con profusión de grabados, láminas y mapas. Precio de cada tomo, 8,50 pesetas.

- «Historia de Caldea», desde los tiempos más remotos hasta el origen de Asiria, por Zenaïde A. Ragozin. Versión española de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, obra ilustrada con más de 125 grabados.
- «Asiria», desde el engrandecimiento del imperio hasta la caída de Nínive (continuación de Caldea), por Zenaïde A. Ragozin, traducción de Siro García del Mazo, con notas de D. Manuel Sales y Ferré.
- «Media Babilonia y Persia», desde la caída de Nínive hasta las guerras médicas, por Zenaïde A. Ragozin. Versión española, con notas por D. Manuel Sales y Ferré.
- «Los sarracenos», desde los más remotos tiempos hasta la caída de Bagdad, por Arturo Gilmán, traducida y anotada por D. Francisco Guillén Robles.
- «Los godos», por Enrique Bradley, traducción de don Juan Ortega y Rubio.
- «Historia de Hungría», por Arminio Vambery, traducción de D. José de Caro.
- «Holanda», por James E. Thord Rogers, traducción por D. Juan Ortega y Rubio.
- «Alemania», por S. Baring Could, traducción por don Siro García del Mazo.
- «Los judíos», por James K. Hosmar, traducción y apéndice por D. Eduardo Toda.

Literatura.

- ALAS (L.) (Clarín).—«Cuentos morales» Un tomo en 8.º mayor, 4 pesetas.
- BALZAC (H. de).—«La vendetta» (escenas de la vida privada). En 8.º, con ilustraciones de Kloug, 2 pesetas.
- BEIOT (A.).—«La explotación del secreto». En 8.º, 2,50 pesetas.
- «Las corbatas blancas». En 8.º, 2,50 pesetas.
- «La pecadora». En 8.º, 2,50 pesetas.

Principios de Psicología Individual y Social

EN PREPARACION

- Arreat.*—«Psicología del pintor.»
Binet.—«El Fetichismo en el amor.»
Bray.—«Lo Bello.»
Ferrière.—«Errores científicos de la Biblia.»
Gauckler.—«Lo bello y su historia.»
Grasserie.—«Psicología de las religiones.»
Gustavo le Bon.—«Psicología de las multitudes.»
—«Psicología del socialismo.»
Hirth.—«Fisiología del arte.»
Lange.—«Historia del materialismo», dos tomos.
Levêque.—«El espiritualismo en el arte.»
Payot.—«De la creencia.»
Tissié.—«Los sueños.»

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSOFICA

Carlos Octavio Bunge.

Principios de Psicología
Individual y Social.

PRÓLOGO POR EL
DR. D. LUIS SIMARRO
Profesor de Psicología experimental de la Facultad de Ciencias
de Madrid.

Πάντων χρημάτων μέτρον
ἄνθρωπος.

PROTAGORAS

Ψυχῆς οὐκ οὐκ φύσιν ἀξίως λόγου
κατανοῆσαι οἷε δύνατον εἶναι,
ἀνευ τῆς τοῦ ὕλου φύσεως.

PLATÓN

DANIEL JORRO, EDITOR
Paz, 23.—MADRID
1903

BF 125
B7E
1903

ES PROPIEDAD



Imp. de A. Marzo, San Hermenegildo, 32, dup.º

PRÓLOGO

El profesor argentino Sr. Bunge, autor de este libro, debiendo publicarlo en España, ha querido que le precediera un prólogo de un español del antiguo continente. Sería muy difícil justificar la elección del Sr. Bunge, honrando con tal encargo al que esto escribe; pero todo el mundo comprenderá, por el contrario, con facilidad suma, lo imposible de rehusar tan honrosa distinción.

El Sr. Bunge no necesita ser presentado á los lectores españoles, pues hace ya años que una de sus obras, *La educación*, fué reproducida en la biblioteca de «La España Moderna», de Madrid, que, como es notorio, se esfuerza en propagar entre nosotros los mejores libros, tanto españoles como extranjeros, de la literatura filosófica, jurídica é histórica de nuestro tiempo.

En la obra presente, el autor trata otra materia; mas la trata desde el mismo punto de vista pedagógico, que es, por decirlo así, su punto de vista profesional, y pudieran con razón considerarse *Los principios de psicología* como un complemento de *La educación*, ya que el autor no pasa de uno á otro asunto movido por la versatilidad del *dilettante*, sino guiado por la exigencia

sistemática de buscar en la psicología los principios y fundamentos de la educación individual y social. Por esto, sin duda, la obra, más bien que de los principios de la psicología, se ocupa de los resultados y conclusiones á que han llevado los trabajos de los grandes psicólogos, en su mayor parte alemanes é ingleses, que en los últimos veinticinco años han constituido la psicología como una ciencia autónoma (independiente de toda filosofía dogmática), elevándola al mismo rango de las ciencias naturales, respecto de las cuales guarda una doble relación, primero como ciencia particular de aquellos seres naturales que son sujetos de consciencia (considerados precisamente bajo este aspecto de sujetos conscientes), y segundo, como ciencia general del espíritu, en contraposición á la ciencia general de la naturaleza.

Como ciencia natural, la psicología, puede decirse en cierto sentido, que es la última y más compleja de las ciencias de la naturaleza; como ciencia general del espíritu, la psicología es la primera y fundamental de las llamadas vulgarmente ciencias morales y políticas, á las que Hume denominó *Filosofía moral*, tomándolas en conjunto y oponiéndolas al conjunto de las ciencias naturales, que de antiguo constituían la *Filosofía natural*, y á las que J. Stuart-Mill, Krause, Dilthey Wundt, etc., designan con el nombre colectivo de *ciencias espirituales* (que hoy

tiende á prevalecer y generalizarse en el mundo culto), comprendiendo en ellas todas las ciencias y disciplinas referentes á la actividad individual y social del espíritu humano, á sus obras y producciones, y, por tanto, la lógica, la estética, la ética, la sociología, la filología, la historia, la economía política, el derecho, la ciencia de las religiones, etc., etc.

Aunque en estos *Principios de psicología* el autor, como no podía menos al reflejar el estado actual de la ciencia, señala los fundamentos de la psicología considerada como ciencia natural, discute las modernas teorías de la psicología fisiológica, y propone sobre estas materias algunas hipótesis dignas de consideración, no constituye, sin embargo, la psicología, en sentido estricto, el verdadero objeto de su estudio; sino más bien éste trasciende del campo de la psicología como ciencia natural, valiéndose tan sólo de ella, como de una introducción y preliminar, para llegar á plantear ciertas cuestiones fundamentales de las ciencias del espíritu, y estas mismas cuestiones las examina con criterio pedagógico. Por esto, en la primera parte, se apresura para llegar á establecer ciertas conclusiones referentes al concepto del espíritu, al paralelismo psicofísico y al que pudiera llamarse último problema de la psicología, que hoy debaten todavía las dos grandes escuelas: intelectualista y vo-

luntarista, y que el autor se propone resolver por su teoría del *instintismo*, que vendría á armonizar en una síntesis superior las opuestas tendencias de aquellas dos direcciones divergentes de la psicología contemporánea.

Es verdad que el intelectualismo más extremo, en Espinosa, por ejemplo, intenta salvar la dificultad (que nace de considerar el conocer como la actividad propia y característica del espíritu, y, por ello, la vida psíquica reducida á una pura contemplación), reconociendo al juicio una función ejecutiva *ne cogitatio in picturas incidat*, mediante la cual la voluntad se identifica con la inteligencia, *voluntas et intellectus unum et idem sunt*. También es cierto que el voluntarismo, aunque tome una posición extrema con Schopenhauer, cuando habla de la voluntad ciega é impulsiva (lo que llevaría á considerar inútil la luz de la inteligencia, y, por tanto, la consciencia vendría á ser un epifenómeno superfluo), ha llegado á encontrar en la atención el modelo de la más pura voluntad aplicada precisamente á conocer, como en la teoría de la apercepción de Wundt, por cuya doctrina se establece de otra manera la identidad de la inteligencia y la voluntad. Y por esta doble consideración de las direcciones en que se mueven el intelectualismo y el voluntarismo, se reconoce, que su oposición es más aparente que real; mas no por esto son menos

dignas de aplauso las tentativas, como la representada por la teoría del *instintismo* del señor Bunge, que se encaminan á disipar aquellas contradicciones. En la teoría del *instintismo*, no se intenta pasar de la inteligencia á la voluntad mediante la función ejecutiva del juicio, ni se toma el puente de la atención para llegar á la inteligencia partiendo de la voluntad, ni se someten al análisis los conceptos de actividad y de conocer para mostrar que el conocer es un modo de actividad, y la voluntad otro modo de actividad, condicionado precisamente por el conocimiento, ni se intenta tampoco exponer, cómo todo estado de consciencia es necesariamente un acto; sino que la cuestión se traslada al terreno de la psicogénesis, y partiendo de las puras reacciones orgánicas, como son, por ejemplo, los tropismos que se ofrecen en las plantas y animales inferiores, se estudia el desarrollo del instinto como una diferenciación superior del ciego impulso orgánico, primero inconsciente, luego subconsciente, y, por último, consciente, tanto del propio impulso, como de la acción y la existencia objetiva del agente externo, causa ocasional de la misma reacción impulsiva.

Del instinto, que contiene en germen la voluntad en cuanto es impulsivo, y la inteligencia en cuanto es consciente, se desenvuelven luego las formas superiores del espíritu. De esta manera, la

oposición de la inteligencia y la voluntad se reduce á una mera diferenciación resultante de la evolución, y aun esta diferenciación se integra bajo la unidad del espíritu en cada uno de sus actos, que son siempre de consciencia-voluntad.

Establecidos los principios de la evolución psicológica individual, llega el autor al estudio de la evolución psicológica social, considerada principalmente bajo el aspecto de la cultura, lo que constituye en realidad el objeto capital de su trabajo, á cuyo objeto se subordinan las partes anteriores del libro como una introducción. Desgraciadamente, esta parte, en que entra en juego la especial competencia del autor, como pedagogo, es también la que cae completamente fuera de los alcances del prologuista, cuyos estudios se han limitado á la psicología general, y particularmente la fisiológica, y no podría aventurarse en este terreno, nuevo para él. Sólo se permitirá llamar la atención del lector hacia la teoría, que el autor designa con el atrevido neologismo, de la *aspirabilidad*, que (sin decidir si la doctrina es tan nueva como la palabra) se podría quizás traducir por una perífrasis, como «la capacidad que tiene el hombre de concebir un ideal de perfección», capacidad que considera el autor como el propulsor de todos los progresos de la especie humana. Con esta aspirabilidad se enlaza y coordina la educabilidad del hombre, y en ella tiene su

raíz y principio toda cultura, así científica como artística, técnica y religiosa.

La aspirabilidad, ya lo dice el vocablo, envuelve una tendencia, y esta tendencia tiene su raíz y principio en el natural impulso á ejercitar los órganos, en la necesidad de pasar de la potencia al acto, que nos mueve á poner en juego de todos modos nuestra actividad, no á la manera ordinaria cuando la solicita un excitante externo, mas sin motivo exterior suficiente, *ex abundantia cordis*, y sólo (ó principalmente) para satisfacer aquel impulso natural, que ya se revela, por ejemplo, en la comezón de moverse, que nos lleva á pasear y se complace en las juegos corporales; ya en la curiosidad, que sacia el vano saber del chismorreos y es, á la vez, origen de toda ciencia; ó bien en sentimientos de afectuosa simpatía, que desborda y puede recaer en animales indignos, como el gato de la solterona y el perro del misántropo, ó, por el contrario, inspirar la abnegación y el sacrificio heroico por los más generosos ideales; mientras otras veces se manifiesta en la necesidad de entretenerse, que se paga de trabajos inútiles, ó en el deseo de divertirse, ó en las ganas de pelear, etc., etc. En suma, todas y cada una de nuestras aptitudes y facultades necesitan ejercitarse y aspiran á ser ejercitadas.

Mas el impulso, la tendencia y la aspiración, no sólo imprimen un sentido y señalan una dirección

á la actividad, sino que, además, como se muestra en los ejemplos anteriores, piden un objeto, fin y término de las mismas, complemento directo de la acción del sujeto. Todo objeto de la actividad consciente es, por necesidad, un objeto presente en la conciencia, una representación; y por tanto, un objeto, que es «al mismo tiempo» objeto de la actividad y del conocimiento del sujeto; pudiendo decirse, desde este punto de vista, que la función de la inteligencia, la representación, consiste en hallar y determinar objetos para ofrecerlos como blanco á la actividad del sujeto, como término *ad quem* de sus tendencias y aspiraciones, como fines á su voluntad.

Pero si bien todas las representaciones responden á una tendencia activa del sujeto (por lo menos á su actividad representativa), no todos los objetos ofrecidos por la representación son aceptados indiferentemente como fines de la voluntad; sólo aquellos que se hallan en la dirección de las tendencias ó satisfacen las aspiraciones del sujeto alcanzan á determinar su acción de tal manera que, como dice Espinosa (*Eth.* pars III, prop. LI), «diversos hombres por un solo y mismo objeto diversamente pueden ser afectados, y un solo y mismo hombre por un solo y mismo objeto, puede, en momentos diferentes, ser afectado de diferentes maneras».

Es probable que en la vida mental de los ani-

males próximos del hombre, como acontece en la vida animal del hombre mismo, las representaciones de los objetos reales, que constituyen el medio natural, despierten y soliciten las tendencias, que expresan las necesidades orgánicas y vitales del sujeto, cuya actividad psíquica se halla de este modo limitada á una reducida esfera práctica y condicionada por las variaciones del medio físico y biológico. Pero aquí se muestra también, de manera indudable, el papel predominante de las necesidades é impulsos, en cuanto que una parte considerable de la vida de relación está constituida por la busca, caza, combate y final captura de los objetos (alimentos, hembras, etc.) que han de satisfacer los apetitos animales; es decir, su vida psíquica consiste, en gran parte, en perseguir y alcanzar los objetos reales de sus aspiraciones.

En un grado más elevado de vida mental, las tendencias, impulsos y aspiraciones subjetivas adquieren tal intensidad que, no hallando por el momento sus objetos propios entre los ofrecidos por la realidad, se fingen imaginarios, bien tomando objetos reales impropios para que representen el papel de objetos adecuados al deseo, como acontece al gato, que juega con una pelota cual si fuera un ratón, y al niño, que monta y fustiga una silla que hace de caballo; ó bien, por el contrario, realizando artísticamente las

imaginaciones en muñecos, estatuas y pinturas.

Esta representación imaginativa de los objetos de nuestras aspiraciones y deseos no se produce siempre, como en el juego y, también, en el arte, con conciencia más ó menos clara de su carácter ficticio; mas por ser, en este caso, patente la ficción, puede servir de ejemplo y clave para comprender las otras formas, mucho más numerosas, y, sin duda, las originales primitivas, en que el hombre (y quizá también algunos animales capaces de jugar, soñar y de cierta religiosidad) ha creado inconscientemente é impulsado por sus necesidades y tendencias, multitud de objetos imaginarios que se suponen, por razones fantásticas, adecuados para servir de fin á aquellas aspiraciones; unas veces atribuyendo á los objetos reales propiedades imaginarias, como á los fetiches, amuletos y la mayor parte de las medicinas; otras veces inventando seres fantásticos: dragones y sirenas, esfinges de Egipto y querubines de Asiria, el vellocino de oro en Grecia y el árbol de la ciencia del bien y del mal en Babilonia, etc.; con lo que se ha llegado á formar, además y junto al mundo real de las representaciones sensibles, en que se mueve la vida práctica (en sentido estricto), otro mundo poético, es decir, creado por representaciones de la fantasía, en el que muchas veces toman carta de naturaleza los hijos de los ensueños y que confina, y por

algunos sitios se confunde, con los dominios del delirio.

Los elementos de uno y otro mundo son nuestras representaciones, producto de nuestra inteligencia sana ó enferma; y si es difícil hallar una nota que permita distinguir, en general, las representaciones sensibles reales de las representaciones poéticas imaginarias, es, sin duda, imposible, en muchos casos, decidir: si una representación dada es real ó imaginada, como se confunden también, sin que haya frontera delimitada que los separe, el mito, la leyenda y la historia.

El mundo real y el mundo poético no se ponen uno al lado del otro, se compenetran; amalgamando sus elementos en combinaciones, á veces insolubles, en otros casos laxas y deleznales; por lo que sería difícil estimar la relación cuantitativa entre los elementos de uno y otro orden. Mas puede afirmarse resueltamente, que el mundo poético excede en extensión al mundo real, considerando que casi todas las mitologías suponen más allá de los límites del mundo real conocido, comarcas afortunadas ó imperios tenebrosos, como los clásicos Campos Elíseos, el Paraíso de los persas, el Infierno de los egipcios, etc., donde alcanzan suprema sanción las aspiraciones humanas y hallan sus propios fines desligados de las «impurezas de la realidad sensible». Del mismo modo, extiende el mito sus creaciones más allá de